

EL DISCO TIENE DOS CARAS

Por Jesús BAL Y GAY

Cara 1

CON EL AUGE actual de la industria del disco aficionados y profesionales de la música estamos disfrutando, en lo que a oír música se refiere, de una situación que hace treinta años nos habría parecido un sueño irrealizable.

Hoy, en el momento que se nos antoja, podemos escuchar nuestra orquesta preferida o al virtuoso de nuestra predilección, con tanta o mayor facilidad que aquella que fue patrimonio exclusivo de un Esterházy o un arzobispo de Salzburgo. Los tenemos en casa y más dóciles a nosotros que el más humilde esclavo.

Antes, el que deseaba oír una orquesta de Viena o de Nueva York tenía que trasladarse a esas ciudades o esperar la suerte de que la orquesta en cuestión visitase su lugar de residencia.

Y en cuanto a las obras, faltaba esta facilidad que ahora tenemos de poder escucharlas reiteradamente, repitiendo aquellos pasajes en los que de pronto no logramos penetrar. Por otra parte ¡cuántas obras había que para nosotros no se daban traza de abandonar el letargo de la partitura!

La nueva industria del disco llevó a cabo un movimiento que podría calificarse de subversivo. Antes, en las ciudades —al fin y al cabo muy poco numerosas— en que había alguna orquesta, el filarmónico tenía que vivir sujeto a los gustos del director de aquella y quedarse año tras año sin oír determinada obra de Bach o de Stravinsky, mientras se le ofrecía con astronómica regularidad la Quinta de Beethoven. Ahora, por el contrario, es él quien tiene —en cierto modo— el manejo del repertorio musical de las mejores orquestas del mundo, y los directores de éstas se hallan a su disposición durante las veinticuatro horas del día.

Antes, muerto un intérprete, no quedaba medio de volver a oírle. Ahora, con el disco —nuevo e infalible velador giratorio— podemos evocar su presencia activa y deleitarnos con sus interpretaciones como en los mejores tiempos de su carrera artística. A la muerte de un gran intérprete se iniciaba toda una leyenda. Sus méritos iban creciendo en boca de la gente hasta llegar a lo taumático. Se nos habla hoy de las proezas diabólicas de un Paganini. Pero, a la vista del progreso que hemos podido observar en el virtuosismo de nuestro tiempo, tenemos profundas dudas acerca de aquellas proezas. Con el disco se acabaron las leyendas. A nadie se le podrá ocultar ni exagerar la categoría real de un Giesekin o un Toscanini.¹

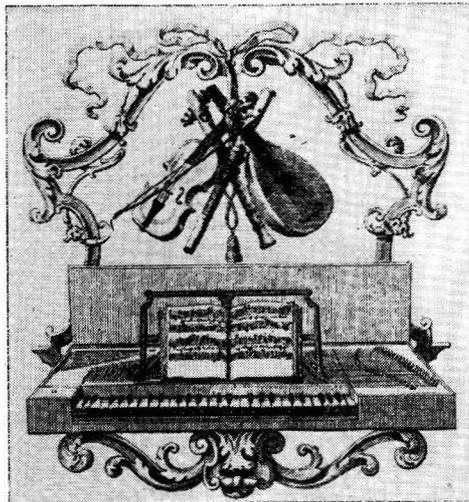
Había hasta hace poco una gran cantidad de viejos autores, el conocimiento de cuyas obras era patrimonio de sólo unos cuantos musicólogos o —en el caso de autores contemporáneos— estaban limitados al círculo no muy numeroso de ciertos festivales internacionales. Así, por ejemplo, Perotino y Vivaldi, Schoenberg y Webern. Hoy, gracias al disco, esos autores nos son tan accesibles como Beethoven y Tchaikovsky.

Antes, y ya en la era del disco, pocos eran los intérpretes que grababan. Hoy, aun los más jóvenes, y de mediano mé-

rito, están en las discotecas al lado de los más ilustres.

Antes, el estudiante de orquestación tenía que imaginar las sonoridades o esperar a oír una orquesta para comprobar que aquellas imaginaciones suyas coincidían con la realidad. No podemos figurarnos qué tremendo esfuerzo o qué extraordinaria intuición significa la obra de los grandes orquestadores anteriores a nuestros días. Hoy, en cambio, el compositor que orquesta mal está dejado de la mano de Dios. Porque con unas cuantas partituras y unos cuantos discos le sobra para aprender ese arte.

Finalmente, para cierta clase de melómanos el disco es un don inestimable. Me refiero a esas personas que necesitan de una gran quietud, de un especial recogimiento para escuchar la música, esas personas que no soportan ningún ruido, por pequeño que sea, en las salas de conciertos. En el retiro de su hogar pueden



ahora entregarse a la música como a una experiencia mística.

Cara 2

Pero la facilidad y la abundancia encierran peligros para el hombre. En la dificultad y en la escasez se temple nuestro ánimo. En la facilidad y en la abundancia se nos reblandece y desintegra. Y tanto como es probable que la dificultad misma nos impulse a vencerla, lo es también que la facilidad nos conduzca a la abulia. La escasez enciende el apetito; la abundancia derrama el hastío.

La abundancia de música y la facilidad de oírla que significa hoy el disco son grandes bienes que se nos dan, pero solamente en cuanto sepamos estimarlos y administrarlos rectamente. Aunque ello suene a paradoja, me atreveré a decir que ahora más que nunca es necesaria una estricta y profunda educación musical. Porque la abundancia de música grabada —unida a una publicidad que no mira más que a los intereses de las compañías fabricantes de discos— está creando una lamentable confusión entre los aficionados. Si antes era lamentable que sólo contadas obras e intérpretes llegaran al disco, ello, después de todo, representaba una especie de consagración para unas y otros, y el aficionado podría tener hambre de otras obras y de otros nombres, pero también podía estar seguro de que lo que

se le ofrecía era lo mejor. Hoy, por el contrario, autores e intérpretes de tercera fila alternan en los catálogos con los más excelsos, y el aficionado ingenuo puede llegar a preferir los primeros a los segundos con sólo que una cierta publicidad interesada llegue a su alcance.

La música misma está en peligro de ser menospreciada, de convertirse en un mero pasatiempo nuestro, cuando no en un simple fondo para cualquiera de nuestras actividades cotidianas. Antes, el que deseaba oír una determinada sinfonía tenía que esperar a verla anunciada en algún concierto; tenía que ir a comprar su boleto —y a veces hacer cola bajo el sol o la lluvia antes de llegar a la taquilla; tenía, en fin que pasar molestias sin cuento. Eso, que a los jóvenes de hoy puede parecer una triste situación de atraso, significaba la prueba de una auténtica afición, de una estimación verdadera por la música: era la piedra de toque del aficionado. Pero, en cambio, el que alguien tenga en su casa una grabación de aquella sinfonía ¿es prueba suficiente de un auténtico amor por ella?

Lo que hubiera podido ser una situación ideal, de gran cultura musical, amenaza convertirse en todo lo contrario. La excesiva familiaridad con cualquier bien, sea el que sea, si no cuidamos de tener siempre limpio y desembarazado el hontanar de nuestra estimación, nos llevará poco a poco, pero sin remedio, a mal estimarlo.

Comparada con la música viva, la música grabada no deja de ser lo que la más perfecta fotografía en colores al paisaje auténtico. Ello quiere decir que todavía el disco no puede sustituir al concierto. Y eso hay que inculcarlo a los aficionados y sobre todo a los más jóvenes. Y, siguiendo el símil, hay casos en que las grabaciones mienten, como miente la fotografía, porque, como ésta, son susceptibles de retoque. Es ya una práctica frecuente que se hagan varias grabaciones de una misma obra y por el mismo intérprete y luego se monte una versión definitiva con los trozos más perfectos de aquéllas. Y el manejo de controles y micrófonos puede lograr cosas que son imposibles en la realidad vocal o instrumental. Consecuencia: que el aficionado, hecho a ese género de versiones *ideales*, se sentirá defraudado en el concierto. Por eso es necesario que maestros y críticos de música asuman la tarea de hacer comprender al aficionado que los conciertos son mejores que los discos en cuanto constituyen la música en su realidad viva, auténtica, sin amaños ni fantasías.

Al disco hay que estimarlo en lo que vale, en aquellas cosas que enumeré en la primera parte de este artículo, y servirse de él rectamente, de acuerdo con eso. Es, así, un bien de los más grandes que la técnica de nuestro tiempo haya aportado a la cultura del hombre. Pero no permitamos que suplante al concierto ni aun a la ejecución que cada cual pueda hacer de determinada obra en el instrumento que haya aprendido a tañer. Porque para acercarnos a la entraña de la música nada hay como oírla en vivo o tocarla nosotros mismos, por poca que sea la destreza con que lo hagamos. Pues ello significa dificultad, y ya se sabe que la dificultad convoca al esfuerzo y la atención, prendas del interés.

¹ Y eso a pesar de los amaños y retoques de que luego hablaré. Porque subsistirá siempre lo esencial auténtico de la ejecución.